

## DE REGRESO

... y calentura trojeras  
volverás sin calentura.

Era su ambición : Madrid. No se lo explicaba, pero lo presentía : un pueblo grande, bullicioso, orgiástico, en donde se derrochaba la alegría de la existencia.

Venir por unos días á Madrid, verlo todo de arriba abajo, volver al pueblo y poder decir á las amigas : « Miradme bien... vengo de la corte. »

Y aquella buena moza de ojos grandes y garzos, que reflejaban, entre llamaradas rojas y negras, la fiebre amorosa de su dueña, tomó asiento en el tren de recreo, con la merienda correspondiente, un baulito, conteniendo todos los trapos de cristianar, y una madre solícita que no le quitaba ojo de encima...

Detrás, allá muy lejos, perdido en un mar de verdura, en un oleaje de flores, quedaba el pue-

blecillo con su centenar de casas rústicas seme-  
jando blancos palomares entre árboles tristes que  
bordan la orilla del río.

\*  
\* \*  
\*

¡Este Madrid !... De la mañana á la noche ha-  
cía falta estar de pingo. Ya se había puesto todos  
los trajes churriguerescos, de suprema elegancia  
en la aldea : uno verde, tirando á loro, que hu-  
biera sido un verdadero peligro para ella si se  
hubiese tropezado con Taboada ; un sombrero mo-  
numental con vistas de hortaliza ; los guantes de  
piel de perro color lila ; el abanico de plumas de  
colibrí, regalo de su tío *el indiano*... ¡Qué vida !  
Tan pronto en coche como en tranvía, porque las  
veinticuatro horas resultaban cortas si se quería  
« verlo todo », y luego, al caer de la tarde, venga  
pasear en *los martes de las de Gómez*, que eran su  
delicia. ¡ Ah ! ¡ cómo rabiarian sus buenas amigas  
cuando les contara los mil y un encantos de ese  
Madrid ! Les daría las señas de todos los escapar-  
ates, de todos los paseos, de todos los teatros,  
de todas las calles.

No olvidaría decirles, ¡ cómo olvidarlo ! que vió  
la « escultura de Cibele », según había leído en  
*La Correspondencia* que se llamaba una fuente ri-  
dícula, y los elefantes del circo de Colón, y que

la reina, nada menos, se dignó saludarla contestándole cuando se quitó la hortaliza sombreril. Con lo que no podía, — y lo contaría también, — era con los hombres : unos sin vergüenza... ¡Qué modo de mirarla ! ¡Y qué cosas le decían !... Hasta un cochero miserable le había dicho, porque el caballo se encabritó á tiempo que pasaba ella :

— Caballo ha de ser, ¡señora ! y le tiemblan las carnes al ver ese palmito...

Le faltaba todavía lo mejor, el *desideratum*, el pináculo de la excursión : *San Isidro*; y, sin saber por qué, sentía el miedo que se experimenta instintivamente al aproximarse á un peligro desconocido, miedo de virgen de pueblo que llega á Madrid con calentura amorosa...

Figurábase que la pradera era un precipicio del escándalo, en el cual se caía sin remedio, y la envolvían, entre desvanecimientos de casta doncella, voluptuosos alientos de hombre y fuertes vahos de embriaguez que parecían salir de una tierra empapada en vino.

En fin, y en el peor de los casos, para librarla de todo mal, allí estaba *el santo*...

\*  
\* \*

Cando pensaba en ello, no sabía explicarse cómo había sido... Recordaba, sí, que cenaron so-

bre el musgo de la pradera una docena de amigos; que el vino no sabía lo que hacía con las parejas de comensales y que en el azul del cielo no brillaba poco ni mucho el farol colgante que se llama luna... Recordaba luego que se le hizo muy corto el regreso al pueblo; que cuando quiso decir : « Miradme bien... vengo de la corte », sintió un nudo en la garganta, y que con cara de muerta, á quien velaban los ojos de una madre avergonzada, penetró en el blanco palomar de la aldea, por entre los árboles tristes que bordean la orilla del río...

## EL BANCO DE LOS DIFUNTOS

### I

La puesta del sol de aquella tarde de otoño es la más hermosa que he contemplado. En el cielo azul que arrancara lágrimas al hipocondríaco autor de las *Rimas*, había líneas blancas y rojas; figuras fantásticas cabalgaban sobre nubes de caprichosa forma y, á causa de la impetuosidad de su carrera, se desvanecían en girones de tornasolados colores; tal parte del cielo semejaba un bosque incendiado; tal otra, un lago violáceo de riberas doradas; y allá á lo lejos, lindando con el horizonte, el velamen de una nave que se balanceaba sobre las espumas del mar.

Cuando, saliendo al campo por la puerta de Toledo, vi la hermosura de aquella tarde, última de mis sueños... paré tal, que cualquiera hubiera creído que latía enérgica en mi espíritu la fibra del entusiasmo; y, temeroso de que se borrara el

paisaje sin que yo hubiera apurado sus misteriosos encantos, abandoné el paseo para sentarme en un banco, desde el cual veía y tornaba á ver, sin admirarme de mi admiración, las bellezas de la puesta del sol...

### II

La Rochefoucauld ha dicho que las acciones humanas son como los consonantes de la rima, que cada cual acomoda como mejor le parece. Tal máxima, verdadera en el mundo real, tiene exacta aplicación en el mundo de las quimeras.

¡Soñar es vivir!... En este largo y pesado sueño de la vida hay variedad de paisajes, acuarelas alegres ó tristes, copias de la naturaleza.

Si en noche huracanada de invierno se contempla á solas el desfallecimiento de un alma sin ventura, lágrimas silenciosas saltan á los ojos; el hielo que cae en el exterior de la casa, blanqueando el campo, penetra en el corazón y le marchita; el viento que desgaja los árboles se lleva consigo la ilusión postrera; las nubes pardas que cruzan volando el firmamento parecen pedazos esparcidos de una mortaja : el horizonte no tiene límites y es siempre negro...

Mas si se evocan tristes recuerdos cuando la

naturaleza está de gala, bajo un cielo que ríe, á la luz alegre de la aurora, ó á la luz melancólica de la tarde, presto pierden sus sombrías tintas y reflejan las de la naturaleza; las líneas de color de rosa que se dibujan en el cielo cubren los rugosos surcos que el dolor abrió en el semblante; el rayo de luz que ilumina la campiña vivifica el aterido entusiasmo y resucita las energías del espíritu; las fiestas del cielo se celebran también en el corazón del hombre, é imagina que la vida es bella, pasajero el infortunio y espera el *mañana* que nunca ha de venir.

— ¡No ha muerto mi esperanza!... pensaba yo mientras veía al sol que se ocultaba más y más en el espacio sin fin.

Y con rapidez vertiginosa, en deslumbrador desfile, entre rumor de besos, pasó ante mí la primavera toda de mi vida, con sus recuerdos alegres y lisonjeros, sus celajes de oro y grana, sus capullos de amor, rubios y morenos, sus botones de rosa, que son las ilusiones, iluminada por aquella sin par puesta del sol que parecía una luz de bengala muriendo en un fanal de nácar.

## III

Un rumor sordo vino á despertarme de aquel sueño... ¡el último! En el mismo banco que yo ocupaba, dos hombres andrajosos habían colocado un caja larga, estrecha y enlutada, y oí una voz que decía : *¡Qué carga tan pesada!...*

Me fijé entonces en aquella caja entreabierta, por cuya espaciosa hendidura se descubría un cuerpo humano, amarillento y fétido, y pregunté á los acompañantes :

— ¿Qué sitio es éste?

— Aquí, me respondió el uno riendo, hacemos parada con los muertos... Ésta es la última estación antes de terminar el viaje...

— A este sitio, me dijo el otro, le llaman en Madrid *el banco de los difuntos...*

Y volvieron á coger la caja. Y continuaron su camino.

## PITUSA

### I

Ella lo decía, enseñando unos dientes muy blancos, aunque jamás se dió en ellos polvos ni cepillo :

— Mi madre me parió en Orán.

Se lo decía á sus amigos, y ninguno lo dudaba al ver sus ojos caldeados en el fuego del amor, ennegrecidos con penas y siempre orlados de ojeras azules... Tenía una palidez enfermiza y en sus mejillas una pelusa tentadora que hacía decir á los hombres : *Cuando aquí nieva, ¿qué será en la sierra?*... Estaba siempre al desgaire, con el traje desabrochado, echada indolentemente y con los pies sobre un taburete carmesí; pies tan pequeños, que ni hechos de encargo para la Virgen...

— Mi madre me parió en Orán, decía riendo como una loca.

## PITUSA

83

Cuando lo contaba, fruncía las cejas, y, entornando los párpados, dejaba ver las pestañas de sus ojos, mariposas de luto en urnas de cristal... Todavía hablada de « usted » á algunas personas, y reñía si la llamaban Pitusa á secas. Para preguntar por ella, era preciso decir : « la señorita Pitusa ». Ella reía mucho de puertas adentro, y descorriendo de repente el cortinaje rojo, decía muy seria :

— Pase mi señor.

### II

Acababa de realizar su sueño de oro... Volvía de París con el pelo teñido de rubio y un sombrero de ala muy ancha, con plumaje rojo y azul. Allí, en una casa de la *Chaussée d'Antin*, se llamaba *mademoiselle Camelia*. Los franceses la encontraban *adorable*, y los españoles corrían á verla no de otra suerte que si se hubiera tratado de cumplir un deber de patriotismo. No había sillas en la casa para sentar á tantos amigos.

— Mi madre me parió en Londres, decía muy seria.

Y nadie lo dudaba al ver sus rizos de oro bajo las plumas rojas y azules del sombrero de ala

ancha. Hablaba del Edén y de *Excelsior*, y reía como una loca por la calle de la Montera.

Buenas amigas de ella habían hecho rajadas de su belleza; pero ya estaba en Madrid, más bonita que nunca, y, como ella decía, á todas les echaba la pata.

Así vivió algún tiempo: arrastrada orgullosamente por trenes de lujo en la Castellana ó arrastrando miserablemente sus pequeños pies en la calle de la Montera.

## III

¿Cómo y por qué le amó? Ella misma no se daba cuenta del fenómeno... Pero no era vulgar capricho. Le amó ciegamente, con amor sumiso de esclava y con amor fiel de mujer harta de hombre. Él era un estudiante de medicina que diseccionaba el sentimiento con el escalpelo del cirujano.

Pitusa, en aras del amor, hizo el gran sacrificio del libertinaje. Pensó seriamente en ser honrada... y salió del vicio, como la mariposa del gusano, con alas para volar, y voló á una casita en compañía de « su hombre ».

Así vivió algún tiempo. Tuvo un hijo, por amor; después tuvo otro, por afición, y luego

otro, por costumbre... en fin, paría todos los años, porque creía que pariendo empezaba á ser honrada...

Después de algunos años de amoroso maridaje, aquel compañerismo ficticio empezaba á disolverse.

Ella le quería á él cada vez más; él saciaba sus brutalidades sensuales en la belleza de la mujer y luego la exponía en el mercado... Ella lo sacrificaba todo. Antes fué viciosa por comer; ahora lo era también para que comiera el estudiante. Y él comía con buen apetito.

Una noche, Pitusa enfermó gravemente; enfermó de pronto. Fué su enfermedad un amago, una caricia brutal de la tisis oculta en una amarillenta hoja de otoño. Su compañero, con el ojo avizor del médico, vió que se moría, y la abandonó por inservible...

Al cabo de algunos meses, ella le escribió así:

« ... Si pasaba por nuestra calle, veía papeles en los balcones de nuestra casa y me parecía que se burlaban de mí y que me decían que mis amores se alquilaban... He vuelto á tomarla, porque la quiero mucho. Tú volverás, ¿verdad? ¡Si vieras cuántas flores tengo en la ventana! ¿Te acuerdas de la enredadera? Pues ya está más alta que tú. ¡Oh, ven, ven!... De sólo pensarlo me parece

que se agranda el pedazo de cielo que se ve desde el balcón... »

Sola y desamparada, arrepentíase de la honradez y sentía vértigos cuando de nuevo miraba cara á cara el vicio. El abismo la atraía fatalmente. Pero la prostitución habría de cerrarle también las puertas, y á poco la declaró inservible... Tenía las carnes muy flojas... Entre tanto, continuaba tosiendo, y en cada golpe de tos escupía un pedazo de vida... ¡Se moría á caricias de sentimiento y á patadas de hombre!...

## IV

No se podía, sin cometer una profanación horrible, llevar el viático á aquella casa del pecado, allí donde los golpes de tos de la enferma bajaban solos de la boardilla y resonaban en la calle acompañados de risas y besos...

Pitusa pidió « el Señor » con mucha necesidad. Pensóse, pues, de prisa y corriendo en llevarla á una casa honrada en la cual pudiera entrar Dios sin escándalo, y fué trasladada en una camilla á un cuarto de la calle de Cedaceros.

Allí se vivía al aire libre. Todos los vecinos se hablaban, se tuteaban y se olían... culpa de las galerías, tan estrechas como largas, sin cristales

ni cosa que cubriera las desnudez de las habitaciones.

La cocina y el retrete eran los extremos de la galería de cada piso. En días de aire, ambas piezas se enviaban sus alientos... Si los vecinos iban á las habitaciones interiores, sentían brisas de cocina, y si á la sala, sentían brisas de retrete.

Ninguna de las ventanas tenía visillos; por no tenerlos, se clareaba todo, y los huéspedes del piso tercero de la izquierda se pasaban las horas muertas en la galería, viendo, á través de los cristales, cómo meneaba las caderas la Visitación si cosía á la máquina.

Quando, más muerta que viva, Pitusa llegó á la casa, levantábase de la mesa la honrada familia. Cinco niños rubios que comían como lobos manchaban de vino el mantel; el padre fumaba en pipa; la Visitación meneaba las caderas cosiendo á la máquina, y sobre el ruido de ésta y la grito de los chiquillos, se oía el arrastre de las chancas de la Olvido (así se llamaba la criada), que andaba por la galería llevando en la mano un escupidor más limpio que los chorros.

v

Mientras al párroco de las Calatravas se disponía á llevar el viático, por la calle de Alcalá desfilaba la muchedumbre de carruajes que salían del hipódromo.

Las carreras, á juicio de los aficionados, habían sido atroces. Los paseantes á pie hablaban muy mal del hipódromo. « ¡Invertir diez millones en poner una grotesca verja de madera á un solar donde crece á capricho la hierba! ¡Eso no es tribuna, ni pista, ni hipódromo! ¡Eso es una indecencia!... » Y volvían á hablar de los diez millones y del conde de Toreno.

Los paseantes en coche se daban tono con los que iban á pie. Á pesar de esto, pocos habían entrado en el hipódromo, por economizar el precio del billete.

— Ésta es una aristocracia roñosa, se decía. ¡Por ahorrarse una peseta, quedarse fuera de la pista!

Sin embargo, no podía negarse que el desfile era lucido. Había lujo de trenes y de coches de punto. Llamaban mucho la atención el *breack* del conde de la Patilla, el *four-in-hand* del conde de Tendilla y los calcetines rojos con agujas blancas

de un ministro diplomático á quien llamaban « la *cocotte fanée* ». Distinguidas damas de la aristocracia se codeaban con *cocottes* á precios módicos, y toreros con señoritos chulos. Todos habían comido *sandwiches* y bebido *cherry*.

Entre la muchedumbre y rozando las faldas de las mujeres, un mendigo monstruoso, un feto viviente, que se arrastraba como una alimaña con los pies en alto y la boca besando el suelo, hacía reír, cuando no se le echaba á un lado con los pies; mientras que por las apretadas filas de los carruajes de lujo se escurría un jorobadito recogiendo sonrisas de las señoritas de la aristocracia, cada una de las cuales le daba cinco céntimos los domingos y días de fiesta, porque les permitía sobarle la joroba en el atrio de las Calatravas.

Pero los clarines del ministerio de la guerra sonaban ya, y el caballerizo mayor hacía paso al coche del rey, seguido del duque de Sesto, con sus hermosas patillas de mayordomo regio, mientras Su Majestad se despepitaba por saludar á gentes tan groseras que no contestaban al real saludo.

Pitusa se había incorporado en el lecho para recibir los últimos sacramentos. Á la coquetería de su semblante había reemplazado un dejo de amargura que tenía mucho de resignación cris-

tiana. Sin embargo, estaba siempre muy provocativa con su camisa entallada...

El cortejo del viático no podía ser más numeroso. Habían acudido todos los vecinos de la casa con sus correspondientes velas, y hasta el inquilino de la boardilla, que jamás tuvo dinero para comprar una bujía, acudió también alumbrando con su mariposa de gas mill. El tramo de la escalera correspondiente al piso en que habitaba la moribunda había sido cubierto con una estera. Toda la vecindad estaba de rodillas.

El sacerdote, luego de haber cumplido su sagrado ministerio, se aproximó á Pitusa, y ésta, mirándole angustiosamente, le dijo con voz apagada algo que le hizo poner una cara muy triste...

— Fué una gran pecadora, pero santa por lo mucho que ha sufrido, decía el buen cura á la señora de la casa.

¿Por qué no? ¡Dios perdonó á la Magdalena!...

Y el Padre lloraba como un niño.

Poco faltó para que el viático se cruzara en la puerta de las Calatravas con el carruaje real. Su Majestad (el rey) se quitó el sombrero, y algunos transeúntes hubieron de figurarse que se descubriría en presencia de Su Majestad (Dios)... En aquel momento, el rey, atento y benévolo, se dignaba saludar á un cualquiera que había tenido el honor

de quitarse respetuosamente su gorra afelpada.

Entre tanto, las palabras del sacerdote fueron para la señora una revelación... ¿Conque era cierto cuánto le dijeran por la mañana?... Conque había sido engañada miserablemente?... ¡Haga usted favores para eso!... ¡Tener en casa á una mujer de la carrera!... ¡Oh vergüenza!... ¡Qué diría la vecindad!...

Y á la pobre señora se le subían los colores de mujer casada... Ella explicaría á sus amigos el abuso de confianza de que había sido víctima.

Este tropel de palabras y recriminaciones entró en el corazón de Pitusa como cuña á mano... Una nube de dolor empañó el cristal de sus ojos. ¡La honradez ajena se le subía á la cabeza y la trastornaba como el *champagne* de una orgía!... Hizo un supremo esfuerzo, y pidió por Dios que la llevaran al hospital: lo pidió con tanta necesidad, que no hubo medio de negárselo. La cortesana se desangraba, y la señora lloraba, porque la veían y de miedo á la muerte, por instinto de conservación... Pero en el fondo de su alma se alegraba, acaso sin quererlo, natural y fatalmente, de que muriera Pitusa... ¡porque era tan bonita!...

Cuando, acostada en la camilla, bajó las escale-

ras, la casa recobró su estado normal, oyóse nuevamente la grito de los chiquillos, y sobre ésta y el ruido de la máquina, el arrastre de las chanclas de la Olvido, que volvía con un escupidor limpio ya de los últimos esputos de Pitusa.

## VI

La turba de estudiantes de San Carlos se agolpaba en la sala de disección, y algunos, impacientes, bajaban al depósito de cadáveres. Aquella mañana había carne fresca...

En aquel momento los mozos se ocupaban en arrojar al depósito, con el mismo desenfado con que hubieran arrojado caballos muertos en la plaza de toros, los cadáveres que habían llegado del hospital, y el depósito parecía un puesto de corderos abiertos en canal.

El decorado era muy sencillo. En una de las paredes, una gran cruz de color negro y de madera grotesca, que diríase puesta allí para amparar á los muertos; en el suelo, agua sanguinolenta, colgajos, dedos y pelos acabados de cortar: algo así como un establecimiento de carnicería y peluquería á la vez.

Todos los cadáveres, que eran muchos, estaban

afeitados y con los pies muy sucios. De puertas adentro se los veía en posiciones cómicas y grotescas, con los labios abiertos y los dientes apretados. Hombres y mujeres aparecían juntos, hacinados, sin rubores de sexo... Al lado de un joven con el cuerpo surcado de manchas azules, una anciana venerable á quien acababan de afeitarse. Todos estaban en cueros sobre sábanas pringosas. Un mozo metía en el lavadero una columna vertebral con parte de las costillas. Era por cierto un buen trozo de carne humana, que, puesto en una carnicería, hubiera podido confundirse perfectamente con un pedazo de cerdo ó de carnero.

En el patio del depósito había varios bancos para la traslación y cubos llenos de tripas y grasas. (En una imprenta se hubiera dado á esos desperdicios el nombre de *perdido*...) Debajo de un banco se veía el muñón de un pie roído y sangriento.

Blasfemaban los mozos y zumbaban las moscas.

La turba de estudiantes se arremolinaba ante una de las mesas de mármol de la sala de disección. Dos mozos que acababan de dejar una camilla levantaron de ella el cadáver de una mujer. Uno la cogió por los brazos, y otro por los pies, tan pepueños, que ni hechos de encargo

para la Virgen... Al arrojar el cadáver en la mesa, la cabeza se dobló sobre los hombros, y los pechos, que eran piltrafas, se tambalearon como dos grandes vejigas á las que faltara de pronto el aire.

¡Pobre Pitusa! Estaba tan desfigurada, que no la hubiera conocido la madre que la parió, á no ser porque su boca tenía aún una contracción que la había hecho popular entre los hombres, un espasmo elocuente de la voluptuosidad.

Los estudiantes se preparaban á despedazar el cadáver, cuando uno de ellos se abalanzó el primero al corazón. Con mano práctica quitó el timo y el tejido celular, separó las hojas del mediastino é hizo una incisión crucial en la parte anterior, mientras exclamaba riendo :

— ¡Veamos esa fibra del sentimiento que dicen que existe en esta región!

Era el estudiante, que disecaba el amor con el escalpelo del cirujano.

¡Á VIVIR! ¡Á VIVIR!

— ¡Ah, señor!... ¡Si usted la hubiera visto!... ¡Si usted hubiera conocido á nuestra pobre Alice!... Se ganó por guapa un premio y por virtuosa otro... Todavía nos parece verla, en la aldea, debajo de una alegre parra, cuyas verdes hojas eran el marco de su ventana... La enviamos á París sana y honrada, y el Sena nos la devuelve muerta y prostituída...

Lloraron en silencio largo rato : lágrimas frías que rodaban por el apergaminado semblante de los viejos, como gotas de lluvia por el pedregoso surco de un río seco.

\*  
\* \*

Al llegar á la estación, dije al cochero :

— Lléveme usted á la Morgue.